

## Las golondrinas de Israel Rodas

José Clemente Carreño Medina

Truman State University, Estados Unidos  
jcarreno@truman.edu

Dueño de una prosa directa y sin artificios, Israel Rodas nos sumerge en la catarsis del aprendizaje que Sebastián, protagonista adolescente de *Las golondrinas* (Tandaia, 2019), experimenta bajo la tutoría de Jerónimo, un vecino enigmático de treinta y cinco años cuya reputación en la Colonia Condesa de la Ciudad de México resulta sospechosa debido a su afición por el ocio y, sobre todo, por una de sus manifestaciones más transgresivas: la lectura.

Las conversaciones que Sebastián sostiene con Jerónimo derriban paulatinamente las murallas de valores preconcebidos sobre las relaciones interpersonales que el joven mantiene con las mujeres a su alrededor y, principalmente, con su percepción del amor. Este cúmulo de coloquios dan paso a un descubrimiento del protagonista a través de las relaciones con Susana, su novia del colegio; Jazmín, una amiga de su hermana mayor con quien supera el áspero estigma de la virginidad y, sobre todo, con Hilde, una chica sordomuda de origen danés recién llegada a la Ciudad de México, con quien descubre por primera vez ese vaivén de emociones que diluye las fronteras entre el amor y la pasión: “la llama doble”, como lo llamó con fortuna Octavio Paz (1993). Las inseguridades propias de su edad, así como sus impulsivas decisiones sentimentales, llevan a Sebastián a contemplarse frente al espejo, a enfrentarse cara a cara a ese rostro múltiple y contradictorio en constante evolución sin más límites que sus endebles convicciones morales, impuestas tanto por los paradigmas socioculturales como por su reducido entorno familiar carente de un *pater familias*. La reescritura de la identidad de Sebastián es, pues, el tema preponderante en la narración.

*Las golondrinas* es una novela de formación (*bildungsroman*) a la manera del libro clásico del género *Wilhelm Maisters Lehrjahre* de Goethe. De acuerdo con Bajtín (2019), la diferencia entre las novelas realistas y de formación consiste en que en las primeras el héroe no cambia, no evoluciona

a pesar de las adversidades; mientras que en las segundas el héroe se ve obligado a renovarse. El cambio psicológico y moral es, en suma, inherente a la estructura de *Las golondrinas*.

De acuerdo con Carl Gustav Jung (2003), hay dos tipos de inconsciente: el *inconsciente personal* y el *inconsciente colectivo*. Al primero lo caracteriza la represión de las emociones y pensamientos que un individuo acumula en el transcurso de su vida; al segundo lo conforman estructuras heredadas *a priori* (sentimientos, pensamientos y memorias) que los seres humanos poseen y que devienen en arquetipos sociales y culturales. La transformación identitaria que el protagonista de *Las golondrinas* manifiesta devela ambas formas psicológicas en el proceso creativo que soporta la estructura de la novela; pues, al fin y al cabo, toda creación artística es, además de una práctica esencialmente estética, una actividad psicológica.

Sebastián proviene de una familia bilingüe y multiétnica. Su abuela es de origen inglés y su principal interlocutora. La abuela no sólo cumple el rol de una madre laxa, alejada del peso autoritario de la figura materna, sino que también es la poseedora de la memoria colectiva. Ella es quien se encarga de transmitir los relatos trascendentes del origen de la familia a través de la oralidad. Sebastián acude a ese lugar de la memoria donde se enuncian las evocaciones del pasado para recrear la historia de amor de su abuela en tierras mexicanas, la cual definió su vida, al igual que la de su descendencia, en un país todavía ajeno:

Con apenas dieciocho años, sin dominio del castellano y sin un peso en los bolsillos, volvió a la Ciudad de México, en donde de inmediato se reunió con el abuelo... Me gustaba escuchar ese tipo de historias porque me hacían imaginar que, tal vez, en algunos años, a mí también me sucedería algo así (Rodas, 2019, p. 13).

Los relatos de la abuela son para Sebastián el punto de partida para otro comienzo, para la reescritura de otra historia de amor, de una identidad propia.

Ante la ausencia de la figura paterna en la acción del relato, de la cual apenas se hace mención como un ente doloroso y fantasmal, Jerónimo desempeña esa función en la vida de Sebastián a través de sus lecciones de ajedrez y, sobre todo, de sus disquisiciones sobre el amor y las mujeres. Jerónimo es el maestro que libera al protagonista de sus emociones reprimidas y deconstruye la identidad de su discípulo:

—¿Sabes jugar ajedrez? —me preguntó justo en el momento que pasé enfrente de él...

—¿Cuántos años tienes?

—Quince.

—Ya eres muy viejo para recibir tu primera lección, pero creo que todavía se puede hacer algo contigo. Pasa. Te enseñaré a jugar (Rodas, 2019, pp. 16-17).

Las conversaciones con Jerónimo no sólo cuestionan el *valor* de las relaciones que hasta ese entonces Sebastián sostiene con Susana, su novia, sino que a partir de ese momento también pone de cabeza su relación con el resto de las mujeres. Es tarea del protagonista redefinir, reescribir su propio paradigma femenino.

Cuando Sebastián le cuenta a Jerónimo que finalmente ha conocido a Hilde, de quien ya habían conversado anteriormente en medio de una partida de ajedrez, y le confiesa que se siente culpable por sentirse atraído por otra chica diferente a Susana, Sebastián se desconcierta al no recibir un consejo que se ajuste a sus convicciones morales:

—¿Qué hay con Susana? ¿Acaso no te puede caer bien otra chica?

—Es que no solo me cae bien... Me encanta.

—Eso prueba que eres humano. ¿A quién no? Es hermosa. Y me imagino que de cerca debe serlo aún más, ¿no es así? —Jerónimo no me estaba ayudando en absoluto. De hecho, estaba empeorando la situación. Yo quería que me dijera que debía controlarme y que debía alejarme de ella, ser razonable y hacer lo correcto (Rodas, 2019, p. 69).

La función que Jerónimo desempeña en la narración es nada menos que la de una suerte de Mefistófeles goethiano, un libertador que empuja a Sebastián a transgredir su moralidad, a traspasar los juicios de valor en los que las sociedades occidentales se debaten.

Después de varios periplos y tormentas existenciales con Susana, Sebastián alcanza con Hilde la cúspide de su recién inaugurada identidad como seductor de mujeres. No obstante, a pesar de su evidente atracción sexual hacia la joven danesa, pronto descubre que lo verdaderamente significativo no es la consumación del acto sexual sino el valor de lo humano, el reconocimiento de ese otro que Octavio Paz (1993) llama "doble fascinación", puesto que el amor es al mismo tiempo caída y vuelo.

Es con Hilde con quien Sebastián se aproxima a la verdadera consumación de su proceso de formación. Debido a su sordera, se ve obligado a imaginar, a trascender las barreras del lenguaje oral para comunicarse con Hilde más allá de los límites de la comunicación verbal y auditiva convencionales. Es a través de la lectura de labios, de la escritura en un cuaderno de notas, ambos escribiendo en inglés, así como de señas y, principalmente, por medio de las vibraciones de la música que Hilde percibe en el piso con sus pies descalzos y con su espalda al recostarse sobre el suelo de madera, como ambos adolescentes logran superar la muralla de la incomunicación:

Tomé mi teléfono y lo conecté al cable de salida de las bocinas y presioné el botón play. Los dos estábamos tumbados, de espaldas, mirando al cielo, pero de reojo podía ver que Hilde sonreía al sentir por toda su espalda las vibraciones de la música... Me acerqué a ella y nos besamos... No pensaba en desnudarla ni en tocar sus senos. Solo quería mostrarle que la amaba, que la amaba de verdad (Rodas, 2019, pp. 166-168).

Pero más importante aún es el vínculo que Sebastián e Hilde crean a través de las golondrinas, de ahí el título de la novela, puesto que un nido de esta ave en el jardín de la casa de Hilde es lo que ella aprecia más en su nueva residencia mexicana y decide mostrárselo a Sebastián como un secreto precioso que consume su creciente complicidad. Además, las golondrinas son la imagen que dispara el recuerdo de Hilde en la mente de Sebastián, pues en La Condesa, uno de los barrios más exclusivos y multiculturales de la Ciudad de México donde se desarrolla la novela, abundan aún las áreas verdes que favorecen el hábitat de varias especies de aves, entre las que destacan, precisamente, las golondrinas.

Uno de los aspectos sociales –o colectivos– que se destacan en la novela tiene que ver con el mito de la identidad nacional, cuya narrativa enuncia al mexicano como la encarnación más elaborada del mestizaje. Esta mitología se concentra en el lema de la Universidad Nacional Autónoma de México que Vasconcelos acuña en el escudo de la institución: “Por mi raza hablará el espíritu”. Como es sabido, los pueblos de toda América Latina en la primera mitad del siglo XX se definieron por su cualidad *mestiza*. La diferencia que propone José Vasconcelos en 1925 con *La raza cósmica* es la posibilidad de que los ingredientes creativos de esa mezcla racial sirvan para mejorar el porvenir de Occidente.

La novela desarticula este discurso mestizófilo con el origen no mestizo del protagonista. En uno de los paseos que Sebastián e Hilde hacen

por el emblemático Paseo de la Reforma, Sebastián relata su sentimiento de *otredad* étnica y lingüística con respecto al prototipo hegemónico del mexicano mestizo que se consolidó con Vasconcelos en el México posrevolucionario:

Pude darme cuenta de que, mientras habíamos estado caminando por Paseo de la Reforma, mucha gente nos volteaba a ver con mueca de curiosidad. A mí me pasaba a menudo, cuando salía con la abuela, que la gente nos tomara por turistas extranjeros (Rodas, 2019, p. 80).

Aunque estas experiencias socioculturales del protagonista son escasas en la narración, cabe recordar que la novela de formación no enfatiza la inscripción de sus personajes en la historia, sino que se enfoca precisamente en su evolución, en su transformación, como lo muestra Goethe en su *Wilhelm Meister*, donde apenas se mencionan los sucesos históricos y culturales que determinan al protagonista. Ambos tipos de inconsciente, el *personal* y el *colectivo* que Jung teoriza, se conjugan en la narración de Israel Rodas para adentrarnos en un recorrido inevitable: la transformación, la reescritura de lo humano.

*Las golondrinas* narra, pues, un momento de definición, un reconocimiento ante el espejo en el que una miscelánea de experiencias converge (sexo, amor, culpabilidad, amistad, complicidad). La novela es, al mismo tiempo, la historia de una caída, de una resurrección a fuego lento, una melodía para volar.

### Referencias bibliográficas

- Bajtín, M.M. (2019). *La novela como género literario*. Universidad Nacional de Costa Rica.
- Jung, C.G. (2003). *Psychology of the Unconscious*. Dover Publications.
- Paz, O. (1993). *La llama doble*. Seix Barral.
- Rodas, I. (2019). *Las golondrinas*. Tandaia.